



El gobierno estadounidense deseaba que los tratados se discutieran y aprobaran en un plazo perentorio, y para ese fin organizaron la conferencia en forma tal que, rodeado el hotel Washington por la policía militar de Estados Unidos, no se podía entrar ni salir de la sede de la conferencia si no era mediante un permiso especial del presidente de ésta, de manera que los delegados dormíamos en apartamentos especiales del propio hotel y trabajábamos sin abandonar el local durante los días de las deliberaciones. Nos invitábamos frecuentemente a comer, siempre dentro del hotel, unas delegaciones a las otras; así, por ejemplo, la nuestra era invitada muchas veces por la rusa, formada por distinguidos especialistas de aquel país, en lo privado de un trato agradable, no así en lo oficial, pues generalmente asumían una actitud arisca objetando casi todas las propuestas.

Es costumbre en las conferencias internacionales que al más alto funcionario del país anfitrión se le designe presidente de la conferencia, pero esa costumbre es siempre ratificada por un acuerdo que se toma en la primera asamblea general con todos los delegados. El señor Morgenthau, secretario del Tesoro de Estados Unidos, a quien había tratado con bastante frecuencia por asuntos relacionados con nuestro país, tuvo la deferencia de pedirme que yo propusiera que se le nombrase presidente de la conferencia, y se arregló que los primeros delegados de los países más importantes representados en la conferencia apoyaran mi proposición. Hice un pequeño discurso proponiendo al señor Morgenthau y, según lo acordado, mi propuesta fue apoyada por los delegados de los países más importantes representados en ella.

Ya constituida la conferencia, y designado el señor Morgenthau como presidente, ésta se dividió en tres partes: la primera, y con mucho la más importante y compleja, estudiaría el proyecto de organización del Fondo Monetario Internacional, difícil porque se trataba de crear una organización que tenía muy pocos precedentes en la historia financiera; esta comisión iba a presidirla el señor White en representación del presidente de la conferencia.

La segunda comisión debía discutir el proyecto del banco internacional, y se designó a lord Keynes para que la presidiese. El tema de esta comisión era mucho más sencillo, pues se trataba de organizar un banco semejante a los ya existentes. La tercera comisión debería estudiar proyectos conexos con los temas principales y cualquier otro que se presentase a la discusión de la conferencia, y quiso el señor Morgenthau que yo la presidiese.

Para asistir a las deliberaciones de la comisión que encabezó el doctor Harry White estaríamos presentes todos los delegados, a fin de estudiar conjuntamente los varios y difíciles problemas que se discutirían a medida que la conferencia siguiera su curso, y se designó al señor licenciado Daniel Cosío Villegas para que representara a nuestro país en la comisión relativa al banco mundial.

Las delegaciones en general estaban brillantemente representadas por secretarios de Hacienda y directores de los bancos cen-

trales, y destacaba, entre todas, la británica, presidida por el propio lord Keynes; como uno de los delegados principales de ella figuraba sir Dennis Robertson, famoso economista y profesor de la Universidad de Cambridge, autor de obras fundamentales en la ciencia económica.

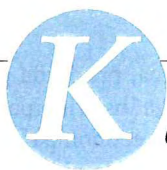
La delegación de Estados Unidos estaba presidida, como se ha dicho, por el Secretario del Tesoro, quien se ocupaba principalmente de los problemas derivados de la organización y funcionamiento de la conferencia y que no participó en las discusiones. Harry White presidía la comisión que iba a elaborar el proyecto del Fondo Monetario Internacional, y con él colaboraba una nutrida delegación de la que formaba parte importante Ed Brown, presidente del First National Bank, de Chicago, único banquero privado de la delegación y que de manera activa e inteligente participó en todas las discusiones. Además formaban parte de la delegación expertos como el profesor Hansen, de la Universidad de Harvard, y uno de los comentaristas más inteligentes en Estados Unidos de las doctrinas económicas propugnadas por Keynes. Además se componía la delegación de un grupo de diputados y senadores del Congreso estadounidense.

Imposible dejar de mencionar al señor Dean Acheson, distinguido abogado que por no ser ni economista ni financiero no participó activamente en las discusiones para la elaboración de los principios técnicos del Fondo y del Banco, pero que estaba listo para cooperar con su ciencia jurídica en los problemas legales que se presentaran. Era Acheson un personaje que tenía todo el aspecto de un estadista inglés, irrepochablemente vestido y expresándose siempre en un inglés elegante. Yo lo había conocido desde que tuve que tratar algunos asuntos en el Departamento de Estado, del cual era funcionario de alta categoría. Después, durante la administración del presidente Truman, fue Secretario de Estado, y siguió colaborando, hasta su fallecimiento, con las administraciones de Estados Unidos, donde era por igual consultado por demócratas y republicanos. Se me decía que debido precisamente a su elegancia personal y a su expresión refinada no era muy popular entre los senadores estadounidenses, pero de todas maneras era altamente respetado por todo el mundo que tenía trato con él.

La delegación rusa estaba presidida por el señor Stepanov, vicecomisario de Comercio Exterior, y por un grupo de expertos de la Unión Soviética. La delegación de China Nacionalista la presidía el doctor Kieng, ministro de Hacienda, muy respetado entre sus correligionarios, pues se decía que era descendiente del propio Confucio; además estaba acompañado de importantes funcionarios del régimen nacionalista chino.

La delegación francesa, que no pudo llegar sino a las últimas sesiones de la conferencia, estaba representada por el señor Mendes France, secretario de Hacienda de ese país.

Los países latinoamericanos estaban representados por distinguidos funcionarios, ya sea ministros de Hacienda o directores



*Keynes manifestó que había leído todas las propuestas de enmienda, y que la única que merecía su aprobación era la presentada por la delegación mexicana, que había pensado que el banco sería no simplemente un banco de reconstrucción, sino un banco de reconstrucción y desarrollo. Le consultó a nuestro representante si estaba conforme en que se aceptara esta denominación para el banco y se hiciesen las reformas conducentes para que llenase ambas funciones.*

---

de los bancos centrales, o ambos. Desde luego se estableció, como acontece en la mayor parte de las conferencias internacionales, una gran camaradería y solidaridad entre sus miembros. Llegamos a formar todos los delegados latinoamericanos un poderoso bloque que discutía los asuntos en privado para luego defenderlos en común en la conferencia. Concluimos que América Latina, por su importancia y por la solidaridad que siempre manifestaron sus miembros en los graves problemas internacionales, tenía derecho a contar con dos delegados permanentes en el Consejo Directivo del Fondo.

Fuimos particularmente activos en las gestiones para que la conferencia aprobara esta disposición, el señor Machado, primer delegado de Cuba, los delegados mexicanos, que teníamos cierta influencia entre nuestros colegas por la amistad personal con que nos distinguía el presidente de la conferencia, señor Morgenthau, y el señor Lleras Restrepo, que entonces era ministro de Hacienda de Colombia y que llegó a ser Presidente de la República. Comunicamos nuestro proyecto al primer delegado de Brasil, señor Souza Costa, ministro de Hacienda, y nos manifestó que nuestro proyecto era de imposible realización, pues otros grupos de países que tenían las mismas circunstancias que nosotros pedirían también tener delegados permanentes.

Nuestros argumentos convencieron tanto al señor Morgenthau como al señor White, en buena parte por la simpatía que ambos sentían hacia nosotros, y se acordó que tuviéramos dos delegados permanentes en el Consejo del Fondo Monetario. Después los latinoamericanos han conseguido que sean tres los delegados permanentes de América Latina.

Cuando le comunicamos a Souza Costa que, a pesar de su escepticismo, habíamos triunfado, entonces nos dijo que él creía

que Brasil tenía derecho a uno de los dos asientos permanentes, a lo que, por supuesto, nos opusimos el resto de los delegados latinoamericanos, diciéndole que seguramente uno de los delegados tendría que representar a los estados de América del Sur, que Brasil tendría muchas probabilidades de ser electo entre los países de esa área geográfica, y que él tendría que luchar para que su país obtuviese los votos, pero que de ninguna manera se le asignaría un asiento permanente, pues “por muy importante que sea Brasil”, le dijimos, “no puede ser igual que cualquiera de los grandes países europeos como Francia, Alemania o Italia, que no tienen asiento permanente”.

Después de acaloradas y brillantes discusiones fue aprobado el proyecto del Fondo Monetario en que las grandes potencias, el Reino Unido, Estados Unidos, Rusia y China, tuvieron asignados representantes permanentes en el Directorio Ejecutivo de la institución. Ésta funcionó correctamente durante los primeros años de su establecimiento, pero pronto se notó que había que introducir importantes reformas para que llenase los fines que se propusieron sus autores en Bretton Woods, y estas dificultades, que aún subsisten, se agravaron considerablemente cuando el gobierno de Estados Unidos suspendió las ventas de oro a los bancos centrales al precio de 35 dólares la onza.

Yo creo, y así lo manifesté en una conferencia que pronuncié en la Escuela de Economía de la UNAM, que desde el punto de vista técnico el plan presentado por lord Keynes era muy superior al que se aprobó en Bretton Woods. Un banco central de bancos centrales operando internacionalmente como éstos operan en el mercado interno hubiese regulado la circulación internacional en la forma en que aquéllos regulan la circulación interna, mediante los instrumentos usados por los bancos centrales, haciendo préstamos a corto y largo plazos, operando en el

mercado internacional adquiriendo o vendiendo valores, y administrando una reserva competente de oro para sí y para los bancos centrales nacionales, habría desde entonces resuelto, en mi concepto, todos los problemas que después se han presentado. Razones políticas, como se ha dicho, impidieron la aprobación del plan del genial economista inglés, que era demasiado novedoso y original, por lo que se temió que espantaría a los legisladores de los dos principales países cuya aprobación era indispensable: el Reino Unido y Estados Unidos.

En la segunda comisión, que presidió el propio lord Keynes, y en la que nos representó el señor licenciado don Daniel Cosío Villegas, hubo menos discusiones que en la formulación de los estatutos del Fondo Monetario, pues se trataba, en lo fundamental, de un banco con las facultades y los recursos para hacer préstamos a largo plazo. Keynes leyó en la primera sesión su proyecto y pidió a los delegados que presentasen proyectos de objeción o de enmiendas. En esa época se creía que el problema más urgente era el financiamiento de la reconstrucción de Europa, arrasada por la guerra y, por lo tanto, los préstamos que principalmente tendría que hacer el banco serían para financiar la reconstrucción de los países dañados. Así, el proyecto de lord Keynes se refería a un banco de reconstrucción.

La delegación mexicana presentó en el acto una enmienda arguyendo que aunque la reconstrucción de los países devastados por la guerra era un problema urgente al que había que dar atención inmediata, este problema debía tener necesariamente un carácter transitorio, pues se creía que en pocos años quedarían reconstruidos los países devastados; que se esperaba que la institución funcionara indefinidamente y que los problemas del desarrollo económico ocuparían un lugar importante en forma indefinida, a los cuales el banco debería prestar entonces toda su atención.

En la sesión siguiente, lord Keynes manifestó que había leído todas las propuestas de enmiendas, y que la única que merecía su aprobación era la presentada por la delegación mexicana, que había pensado que el banco sería no simplemente un banco de reconstrucción, sino un banco de reconstrucción y de desarrollo. Le consultó a nuestro representante si estaba conforme en que se aceptara esta denominación para el banco y se hicieran las reformas conducentes para que llenase ambas funciones. El licenciado Cosío Villegas contestó que la sugerencia del presidente era satisfactoria; otros delegados protestaron diciendo que ellos también habían presentado enmiendas y que creían que debería concedérseles la debida atención. Uno de los que protestaron fue precisamente el director del Banco Central de Noruega. Keynes le leyó su propuesta y agregó estas palabras: "¿Tiene sentido esta proposición? Propongo, pues, que sin más se la deseche."

Lord Keynes era indudablemente un hombre de gran inteligencia y de una elocuentísima palabra, tanto cuando escribía como cuando hablaba; pero en los últimos años de su vida, y debido

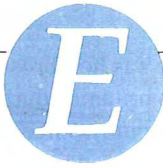
tal vez a la pesada carga que llevaba sobre sus hombros como principal consultor financiero del gobierno británico durante la guerra, su carácter se agrió y se volvió altamente irónico y hasta grosero en ocasiones. Una vez, en plena conferencia, dijo que no sentía simpatía hacia los abogados, y agregó: "Son capaces de declarar ilegal el sentido común." En otra ocasión también manifestó que los abogados eran capaces de convertir la poesía en prosa y la prosa en jerigonza, despertando estas observaciones marcado disgusto entre los muchos abogados que formábamos parte de la conferencia. En otra oportunidad, cuando se presentó a discutir con el secretario Morgenthau difíciles problemas financieros entre ambos países, después de intercambiar cortesías, dijo al Secretario del Tesoro: "vamos, pues, a tratar nuestros negocios. ¿Dónde está su abogado?", preguntó lord Keynes. Morgenthau le manifestó que él no creía necesario traer abogado, a lo cual lord Keynes le contestó: "Entonces, ¿quién es la persona que piensa por usted?"

Durante la conferencia desplegó la misma capacidad de trabajo que en Londres; el señor Morgenthau me dijo una vez que la señora de Keynes, que había sido bailarina en su juventud, se le presentó llorando en su despacho para decirle que la conferencia estaba matando a su marido, que ya había tenido algún desfallecimiento, y que le urgía que el ritmo de la conferencia no continuara en forma tan rápida, que después de todo no era tan urgente que quedaran resueltos los puntos sometidos a ella en tan breve plazo.

El señor Morgenthau nos concedió algunas horas de asueto, principalmente los domingos, para que oyéramos música o viéramos películas, suspendiendo los trabajos para descanso de todos. La segunda comisión, pues, presidida por lord Keynes, aprobó rápidamente su proyecto con la enmienda mexicana, y es el que actualmente rige al Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo en Washington.

La tercera comisión, que me tocó presidir, resolvió asuntos de detalle conectados con los temas principales. Presentamos un proyecto para que se considerase la plata como metal monetario. Sabíamos que la corriente de opinión en el mundo estaba en contra de toda especie de bimetalismo y que nuestra propuesta estaba destinada al fracaso; pero teniendo la plata el papel importante que tenía entonces en la economía mexicana, quisimos que hiciese acto de presencia en la Conferencia Monetaria, y se aprobó —creo que más bien para darnos gusto en alguna disposición poco práctica— que los bancos pudiesen constituir sus reservas con la proporción en plata que desearan. Se discutieron varios asuntos de carácter legal y en ellos tomó parte muy activa el señor Acheson.

Canadá estuvo representado por su secretario de Hacienda, de raza anglosajona, Desley, pero parece ser costumbre de los canadienses que en las delegaciones que mandan al extranjero estén representados los dos grandes grupos étnicos de Canadá, el anglosajón y el francés. A Bretton Woods asistió como vice-



*Edward Brown, presidente del First National Bank of Chicago, fue el único banquero privado que asistió como delegado a la conferencia y que participó en forma activa en los trabajos*

---

presidente de la delegación, aunque su presencia fue puramente formal, pues no tomó parte en ninguna discusión, el señor St. Laurent, distinguido abogado de Montreal que ocupó el puesto de Primer Ministro de Canadá al retiro de Mackenzie King. Cuando me fue presentado, me dirigí a él en inglés, pero el señor St. Laurent me dijo: “Usted es latino y no permito que me hable en inglés. Le ruego que me hable en francés”, lo cual tuve el gusto de hacer.

Días después, al visitar el Parlamento de Canadá, oí al señor St. Laurent diciendo un elocuente discurso en inglés para aprobar una ley sobre pensiones que había presentado el gobierno y que combatía la oposición. Al felicitarlo por su brillante alegato le dije: “Usted es latino y me ha llenado de sorpresa el escuchar su discurso en perfecto inglés”. “Amigo mío –me contestó–, la política nos obliga en muchas ocasiones a cometer pecados como el que usted me ha reprochado.”

Tuve también la oportunidad de hablar largamente con el señor Edward Brown, presidente del First National Bank de Chicago, el único banquero privado que asistió como delegado a la conferencia y que participó en forma activa en los trabajos, haciendo con frecuencia observaciones juiciosas, inspiradas en su gran experiencia financiera. El señor Brown conocía a fondo la historia contemporánea de México, desde principios de la revolución, pues había adoptado la costumbre de venir cada año a nuestra capital por algunos días. Durante su estancia no visitaba a sus colegas, los banqueros de México, ni siquiera a las autoridades del país, sino que hablaba con la gente común, con

muchas personas que encontraba en la calle, y directamente, en esa forma, conocía las opiniones del pueblo sobre los problemas y acerca de las personalidades que gobernaban el país.

Estando en Bretton Woods se presentó un pintoresco personaje, el señor Abramov, judío sefardita nacido en Bulgaria y que, como tal, hablaba el español del siglo XVI. Representando a una compañía inglesa, impresora de billetes de banco, había hecho una considerable fortuna en China; se había retirado de los negocios en ese país y había venido a radicar a México, donde, con gran sorpresa de muchos de nosotros, que teníamos la idea de que quien triunfaba en los negocios en el Oriente debería tener una gran capacidad, no tuvo en nuestro país el éxito que había tenido en China.

Se presentó en Bretton Woods en un magnífico automóvil nuevecito a visitar a sus amigos de la delegación de China, los señores Kung y Soong, con quienes cultivaba relaciones de amistad bastante íntimas. Fue recibido con gran cordialidad por los miembros de dicha delegación y tuvieron juntos varios convivios. Por supuesto que estuvo a saludarnos; al despedirse nos dejó su flamante automóvil para que lo usáramos todo el tiempo que yo creyese conveniente, rogándome que al regresar a Nueva York lo depositara en un garage de esa ciudad, cuya dirección me dejó, recomendándome, por supuesto, que proveyese al coche de gasolina y aceite; para mí esto no ofrecía ninguna dificultad, pues aunque todavía era época de guerra y la gasolina estaba racionada, nosotros, los delegados de la conferencia, estábamos provistos de boletos de racionamiento para poder adquirir toda la que necesitásemos a precio de mercado.

Durante la Conferencia de Bretton Woods se celebró en la ciudad de Chicago la convención que designó al presidente Roosevelt candidato del Partido Demócrata para una cuarta reelección, y al señor Truman como vicepresidente. Era tan gris la personalidad de éste y tan desconocido en los medios políticos y oficiales de Estados Unidos, que cuando inquirimos entre los miembros de la delegación estadounidense, entre los cuales se encontraban miembros del Congreso del Partido Demócrata, quién era el señor Truman y cuáles eran sus antecedentes, nadie supo darnos una respuesta satisfactoria, sino la vaga de que el senador Truman había sido presidente de una comisión que se denominó Comisión Truman, que arregló satisfactoriamente algún importante asunto laboral, y que era conocido y respetado en los medios obreros.

Se sabía que, como es usual en las convenciones en Estados Unidos, al preguntársele al presidente, señor Roosevelt, quién era la persona que él deseaba que lo acompañase como vicepresidente en la fórmula en la que se iba a presentar a los electores, a pesar de que debe haber sabido que le quedaban pocos años de vida, prestó tan poca importancia para la designación del vicepresidente que manifestó que se le consultase al señor Sidney Hillman, líder obrero; de manera que fue éste, un líder laboral, el que designó al que habría de ser, durante cerca de dos períodos, presidente de Estados Unidos. 🕒